



Los criaderos humanos

(Épica de los desamparados)

Miguel Méndez

Dedico esta obra a El Claro, Sonora, México, pueblecito ejidal donde pasé mis primeros quince años; a Bisbee, Arizona, pueblo minero que fue mi cuna; también a mis compañeros de labor en los campos agrícolas y en la industria de la construcción. Al lado de ellos supe de alegrías y aprendí del dolor.

△▽

Los criaderos humanos

(Épica de los desamparados)

¿Cómo he llegado hasta aquí?

No sé.

Quizá la perennidad
me envolvió en las rotaciones
de este globo
que gasta su materia vana

siempre rodando contra un espacio sin ayer ni mañana....	10
Por muchos años he caminado viendo buscando mis raíces mi rumbo mi esencia.	15
Sólo sé que he llegado a donde la tristeza es reina y soberana la miseria.	20
¡Dios mío! ¿Qué mundo es éste que oprime y lacera el alma?	
Letanías de cigarras secas chillan estridencias que se apagan. Vana crucifixión sin sangre sin agua. Riveras y milpas ansían el torrente cual hembras olvidadas.	25
Tejen la atmósfera sollozos secreteados ruido de arroyos ramajes rezando desde parajes perdidos en las entrañas de antaño.	30
Siluetas de ataúdes andan el filo del alba. Cubren los sombreros los rebozos guardan dolor petrificado llanto de estatuas. Allá va la procesión. Pisa campos cadavéricos al son de cánticos humillados. La tierra se traga a la tierra. ¿Qué mundo es éste	35
	40
	45
	50

que entierra a sus niños en la alborada? ¿No hay pájaros aquí? ¿Nadie canta?	
Voces superficiales	
de arena	55
me golpean con la fiebre negra de palabras hundidas en la tierra.	
Solamente los búhos	60
con su lenguaje nocturno sondean la madrugada sin el cristal del río ni ecos de la luna florecidos en campanadas.	65
¡Qué tierra tan lúgubre	
Los ojos de sus seres son luciérnagas disecadas sin fosforescencia verde de ilusiones.	
Continuación de la tierra los jacales empolvados.	
Polvo los dientes que no ríen	70
polvo la huella de los pasos... Lengua de sol murianciano áurea agonía de otoño remolineo cascabelero de risas pretéritas.	
El viento de la tarde	75
arrastra trinos corazones de alamedas. Alas secas flotan ruedan.	80
¿Qué pueblo es éste? Me hace llorar sólo con ver sus calles solitarias. Tal escenario trágico poblado de actores sin alma	85
sin obra ni drama literarios.	
¡Señor caminante!	
¡Este es un criadero humano!	
Yo	90
hace años trato de huir de sus murallas de cristal. ¡Mírame! No puedo estoy aferrado.	

¡Dios!	95
¿Quién es este ser que responde a mi llamado?	
Tenía los pies hundidos en el suelo.	
Inútil jaloneo.	
Sus dedos eran garfios enraizados.	100
Un tono verde le coloreaba el pelo.	
Rezumaban savia los labios.	
Flores marchitas eran de sedientos geranios.	
¡Deténgase señor!	105
Vuelva sus pasos.	
Aquí solamente la resurrección de la clorofila es esperanza de vida.	
Dolor de humanidad	110
es reconocer la propia culpa y aceptar la acusación de la conciencia.	
Quise penetrar al pueblo raro	
caminar por sus callejas para sentir muy dentro	115
si la conmiseración puede brotar de la vergüenza. Me estremeció un lloro horrible y aullidos desaforados.	
¡Detén tu brazo injusto hombre sin misericordia!	
Volteó soltando el látigo	120
sabedor en su propia carne que abusar de la fuerza es propio de cobardes.	
Señor,	
martirizamos a nuestras mujeres	125
azotamos a los pequeñuelos y torturamos a estas bestezuelas.	
Son frágiles.	
No pueden defenderse.	
No podemos maltratar a otros hombres	130
porque somos nosotros los más débiles.	
Cayó el hombre	
tal el árbol derribado.	

Sus cabellos ramas de sauces dolidos caían flotando en reverencia al llanto. El perro torturado lamió las manos del amo.	135
Hay que comprender, señor, para perdonar. Yo amo y he perdonado. ¡Veme!	140
Yo como ustedes también fui fiera. Ya soy manso.	145
Se alejó humillado. Caminaba replegando la cabeza a los cuadriles torcido el lomo como arco.	150
Tenía la tristeza y la inocencia de los que han pagado grandes culpas con dolor moneda de los redimidos el mirar húmedo profundo como han mirado los santos.	155
Yo seguía caminando. Algo me lastimaba ya aún sin confrontarlo. Escudriñé las distancias hasta diluir la visión en las paredes de la nada. Contemplé mi derredor. Millones de mariposillas cristalinas flotaban en la atmósfera aleteando. Habían perdido sus colores. Revoloteaban buscando desesperadas.	160
Fugaces sombras de murciélagos cruzábanse en pena añorantes de tinieblas.	170
Yo proseguía mi caminata sorteando lagunas luminosas que el hada de los espejismos dibujaba con su magia. De trecho en trecho cubría mis ojos	175
	180

cegado por resplandecientes espejos
 los tales
 tendían su luna
 a lo argo y a lo ancho
 tal alfombra que cubriera suelos. 185

El sol arriba
 tenía potestad en los desiertos.
 Como un dios arbitrario y asesino
 arrojaba a mansalva
 agudos reflejos de cuchillos. 190

¿Qué veo?
 ¿Son verdad estos seres?
 Fieros y rabiosos aparentan
 ambos. 195

Quise averiguar todo
 lo de aquel pueblo hambriento
 por eso me acerqué a ellos
 atrevido pero temblando.
 ¡Dios mío!
 ¿Me matarán? 200
 El padre nuestro seguiré rezando....

Por favor
 quisiera saber la vida
 y la historia de estos campos. 205

Habló con voz de niño desnutrido:
 Dicen que todo esto era un gran pueblo
 habitado por seres de clorofila.
 Los Rapiña les hicieron la guerra
 desde los remotos tiempos de la piedra.
 Derribaban a muchos 210
 pero los brotes tenían tiempo de crecer.

Un día
 aparecieron los Rapiña
 con guillotinas eléctricas.
 Decapitaron los árboles 215
 con máquinas trompudas.
 Arrancaban de raíz sus cuerpos.
 Arrasaron con todo.
 Donde hubo arboledas
 quedaron oquedades y lamentos. 220
 No restó sombra
 ni alimento.
 Alborear de los yermos agua inexistente.

Reptaba la fauna. 225
 Se tendía a morir
 perezosamente.
 Llanto de pájaros
 huérfanos de atalayas
 caía sobre el polvo 230
 en lluvia inerte.
 Verdes lodazales
 se iban destiñendo.
 La tierra desmayaba
 sin vida 235
 pálida.
 ¡Cruelles!
 Asesinos de pájaros
 de fuentes y venados.
 ¡Los Rapiña!
 Cebados en su saña 240
 inventaron aparatos voladores
 que tenían forma de cruces.
 Herían la atmósfera arrancándole bramidos de monstruo enrabiado.
 De güeveras diabólicas arrojaban óvulos repletos de odio.
 Hacían tremar a la madre tierra. 245
 Tan horribles las explosiones
 que sangraban con el estruendo las orejas.
 Arroyos y ríos fueron como tripas rotas.
 Debajo de los cadáveres
 de añosos árboles 250
 niños
 mujeres
 ancianos
 y animales inocentes
 víctimas de los viles 255
 se pudrían en la muerte.
 De la cumbre orgullosa de las montañas
 brotaban chorreras de pus.
 Aullaban de dolor las cavernas.
 Ya no rió el viento entre la hojarasca 260
 ni halló a las plantas para jugar con ellas.
 Bajaba llorando
 pegado a las heridas del suelo
 buscando a la vida
 para darle aliento. 265
 ¡Nunca!, Señor,
 reinaron tanto la maldad y la indolencia.

Pasados los años

llegamos muchos seres de sangre
enamorados de la tierra. 270

La amábamos
atendíamos su preñez.
Ella nos premiaba con el fruto de su natural pródigo.
Pero nos descubrieron los Rapiña
los hombres de las jeringas succionadoras de sangre. 275

Imagínese, señor,
la convierten en oro.
Somos un pueblo anémico.
Veneros bermejos de metal líquido
recorren nuestras vetas. 280

La voz era de ternero
pero su cuerpo era de toro.
A pesar de sus enormes corpachones y de sus cuernos de cimitarras
no eran temibles.

El otro ser permaneció inclinado soñoliento 285

Se notaban cansados
mansos.

Me dominó la curiosidad.

¿Qué clase de toros son ustedes?

Bajaron la cabeza sonriendo con mucha timidez. 290
Se uncieron a la yunta
empezaron a tirar del arado
voltearon denotando pena y humillación
sin brillo en los ojos.

Me dijeron con la mirada: 295
perdónenos por favor
este sufrir tan grande.

Ya ye.
Lo aceptamos.
Nosotros, 300
señor,
somos los Humillados.

El arado egipcio removía la tierra seca
como entraña de mujer
paridora de escuálidos enanos 305
sin la voluntad y energía
que dan los mantos de los fresnos
los álamos

y el don gracioso de los verdores enérgicos. 310
Epopeyas grandiosas
techos estrellados
brisas de ternura

pasión que es fuego yunque hierro aletargados en servidumbre. Aberración de güevos pisoteados tronar de cáscaras frágiles zapatos de lujo calzados por ateos botas aplanadoras de soldados.	315
Yo había caminado por parajes desnudos. Sólo la huella de las sombras pude entrever de la antigua floresta que no era ya más que no volvería a ser. Mal podía importarme mi destino si buscaba mi origen perdido...	320
Así por azar tropecé un día con uno de los infames criaderos.	325
Raro... un hombre de aspecto repulsivo que parecía cucaracha me hacía señas para que me acercara al árbol a cuyo copo estaba encaramado. Sentí miedo y algo eléctrico en el espinazo.	330
Acércate tú le sugerí. Contestó que no oscilando la cabeza repetidamente lo mismo que hacen las serpientes. Pensé: ¿Será de la especie de los changos?	335
Caminaba discerniendo a qué tipo de humanos pertenecían los Humillados. Una voz me volvió de mi letargo.	340
¡Ay señor! Son bueyes mansos. Son de la misma especie de los olores de pan. Así permanecen por años millones de éstos recluidos en los aledaños de la muerte	345
	350
	355

sin más alimento que el olfato.
El gobierno manda peritos a descifrarlos.
Por mucho tiempo quedan arrumbados
confundidos con hierros
carbón 360
petróleo.

Un científico aseguraba que eran hongos
pues se mecían ligeramente con el viento.
Los zopilotes descubrieron el misterio.
Ya muertos los Humillados 365
hedía la carroña
igual que la de cristianos.
Eran de sangre
poseídos de pavorosa epidemia.
¡Hambre! 370

Los sirvientes de los Rapiña
temerosos del contagio
acusaron a los Humillados
de asaltantes y revolucionarios.
El gobierno es perdonó la vida. 375
A cambio
serían esclavos.
A los tercos que pugnaban por justicia
se les sellaba como malhechores
para así eliminarlos. 380
La sangre
siempre ha rebozado la huella de los redentores.

Los más grandes explotadores de criaderos humanos
son los Hombres de Cristal.
¿Qué cosa me está contando? 385
¿Hay hombres de cristal acaso?
Sí, los hay.
Tienen ojos
tal lagos azules muy hermosos.
Le suplico que me siga platicando. 390

Con mucho gusto señor...

Los Hombres de Cristal
ya habían sojuzgado a los tintos de azabache
que son de carbón y de chapopote.
Los Rapiña de mucho pueblos 395

son tributarios de los de Cristal.
 Estos
 tienen la regia prestancia
 majestad y belleza de las águilas
 tremenda fuerza 400
 agudas y filosas garras.
 Vuelan tan alto
 tan alto
 que tienen nidos en la luna
 y rayos del sol prisioneros. 405
 A los pueblos que les niegan sus tributos
 cubren los cielos de puñales
 y arrasan a fuego.
 ¡Ay de aquéllos que disputen sus posesiones
 o toquen sus imperios! 410
 ¿Usted quién es buen anciano?

 Un veterano

 tan viejo soy
 que me confunden con sabio.
 He visto al terror ofuscado 415
 correr con piedras en las manos
 también manos peludas
 cuando empuñaban armas de fierro templado.
 Cuando joven
 fui mecido por la risa de los niños 420
 los seres felices
 y los enamorados.
 He visto a la muerte
 montada en piafantes corceles
 en tierra 425
 en maquinaria funesta.
 En los cielos
 navegando la vi
 como una estrella.
 Conozco desde la cuna 430
 la tragedia del ingenio humano.

 El viejo

 ¿Milenario?
 estaba desnudo.
 Tenía un cuerpo extraño 435
 cubierto de cicatrices.

 Me dijo

 desde la gruta de su laringe:
 ¡Mire!
 Estas son huellas de pedradas. 440

Esto
 un colazo de iguanodonte.
 Me han herido con cuchillo de piedra.
 Tengo además
 señales de serrucho eléctrico. 445

Su voz gruesa
 fue adelgazando
 hasta terminar en hebra
 luego en flotante pelusa
 que fue yéndose dispersa. 450

De pronto ya no habló.
 Emitía el mismo chiflido del viento
 cuando es prisionero de botellas abandonadas.
 Me fijé que tenía los genitales petrificados.
 El rostro se perfiló en relieve cascaroso. 455
 Era el culo como ventana de barco.
 Quise despertarlo
 palmeándole la espalda.
 Se me rebosó la mano con puñados de escamas.

Deduje: 460
 seguramente es un pez antediluviano.
 No le haga caso, señor.

¡Dios Santo!
 Esto parece un fantasma.
 La vieja llegó por la retaguardia. 465
 Tan largo tenía el pelo
 que le arrastraba.
 Le cubría el cuerpo todo
 también la cara.

Habló con voz hueca y acampanada: 470
 Este viejo hablantín es un árbol milenario
 embustero y fantasioso.
 Cierta que desvaría con el saber de los siglos.
 Cayó cuando la gran batida de los clorofilarios.

Porque ha de saber usted 475
 que todo esto era un bosque frondoso.
 A los Rapiña no les basta la sangre.
 Aquí derramaron la clorofila
 talaron todo
 chicuelos y renuevos 480
 sin dejar semilla.

Los pocos que usted ve
 quedaron de milagro
 testigos del pasado.
 ¿Nota usted el vientre arrugado de la madre tierra? 485
 A este pobre lo dejaron muy mal herido
 con hachazos en todo el cuerpo.
 Le quedó una raíz.
 Renace
 platica una vez al año 490
 llora en otoño de verse enjuto y calvo
 añora el amor de las abejas y sus labios.
 Ya no tiene semilla
 ni flores ni polen
 sólo recuerdos 495
 y un tronco que se seca
 pleno de ilusos resabios.
 Los segundos enfilados van tejiendo su mortaja
 ¡Mírelo!
 Está hueco. 500
 En la noche se llena de pájaros.
 No lo han hecho leña
 porque yo lo cubro con mi greñero.
 Luego
 todo fue gorjeos y trinos 505
 de volátiles
 que llegaban en parvadas
 sumiéndose en el vientre sin entrañas.
 La señora Enredadera
 cesó su parloteo 510
 a tiempo que cubría a su abuelo.
 El reacomodo de pajarillos
 sonó como triperío pedigüeño
 de estómagos exigentes e indiscretos.
 ¡Otra vez el hombre extraño! Me dio miedo. 515
 Caminaba tan agachado
 que semejaban sus pies a las mismas manos.
 Tenía mirada torva
 boca pronunciada.
 Lo nimbaba una extraña aureola de hilillos iluminados. 520
 Desde las chozas de ocotillo y barro
 me llegó una advertencia:
 ¡Cúidese!
 no se acerque a ése
 es de la especie venenosa de los intrigantes. 525
 Comercia con la traición.
 El engaño es su arte

vende a sus hermanos
 sin omitir a la madre.

Caía la tarde. 530

El sol en el ocaso aún hacia daño.
 Huía el maldito
 cual rufián sádico
 que va dejando a su paso
 un mundo de cadáveres. 535
 Llegué a donde las chozas.
 Me asombró la rara artesanía con que hacían a los niños.

¿Son piñatas de cuero,
 señora?

Tenían vientres como vejigas 540
 brazos y piernas de cañajotes
 nalguitas del tamaño de aguacates
 caritas arrugadas de viejos nonagenarios.
 Me rodearon riendo.
 Pelaban los dientitos como topes ahogados. 545

Señor,
 éstos casi no son de sangre.
 ¿Sabía usted que este pueblo
 es criadero de los hombres Rapiña?
 Estos ancianos en realidad son niños 550
 hijos de madres muertas de hambre.
 A nosotras antes de parirlos
 se nos seca y se nos pega el ombligo
 como no le pasa nada...

Los Rapiña... 555
 vienen cada semana
 a sacarnos la sangre
 con sus pavorosas jeringas.

Ya ve que la usan para fabricar oro.

Ellos tienen mucho. 560
 A nosotros
 ya sólo nos escurre clarita de huevo.
 ¿Son ustedes de pura albúmina?

¡Ay, señor de mi alma!
 Anhelamos tanto ser de savia de clorofila. 565
 ¡Si pudiéramos ser plantas!
 De pronto
 vi que se introducía la mano en el vientre
 que era como el de los canguros.

De entre una docena de hijuelos 570
sacaba uno
retorciéndose encogido
extraña apariencia
entre raíz y entre niño.
¡Fíjese! 575
exclamó emocionada
a tiempo que lo sacudía.

Percibí que la caca
los mocos y la saliva
eran de un verde babosiento. 580
Lo abrazaba llorosa
vehemente.

¡Las venas de la tierra
están henchidas de savia!
Queremos huir. 585

Ya no queremos ser de sangre.
En los trópicos
trepando montañas
sobre lomeríos
a lo largo de los ríos 590
coronando las lagunas
doquiera el ramerío
pregona la vida.

Con el hierro y por el oro
nos explotan y asesinan. 595
¡Queremos que nuestros hijos se vuelvan vegetales!
Devuélvase, señor.
Los Rapiña no tardan.

Huya de aquí
no vuelva nunca. 600
¡Sálvese!
Los Aguijón torturan y matan.

Una anciana que daba la espalda al cielo
y a la tierra la cara
habló con tenue vocecilla 605
amarga y dulce sonrisa desdentada.

Afigúrese que aquí ni cae agüita, señor.
Ni tan sólo los pajaritos cantan.
Este río está sordo.
Ni el cielo siquiera 610
se acuerda de nosotros.
Aquí la humedad,
señor, solamente de las lágrimas.

Un niño rompió a llorar
 asustado. 615
 Se le puso que yo escondía una jeringa.
 ¡Mamá!
 Ese hombre es un Lapiña.
 La madre espantada me preguntó.
 ¿Usted quién es, señor? 620
 Soy maestro.
 A la juventud doy consejo y amo.
 Soy un poeta
 un hermano.
 Examinaron mi traje viejo 625
 polvoso y harapiento.
 Además iba descalzo.
 Tiene dulzura y tristeza
 donde otros guardan la furia.
 ¡Vengan es un poeta! 630
 Alegres propagaban la noticia:
 Es un maestro del campo.
 De las bolsas de los vientres de los jacales
 y no sé de dónde
 empezaron a surgir muchísimos chamacos. 635
 Me rodearon disputándose mi proximidad.
 Se paraban en sus patitas traseras
 mostrándome los dientes triangulares.
 ¡Empezaron a roer la tela podrida de mis pantalones!
 Estuve a punto de correr asustado. 640
 ¿Serán pirañas?
 ¡Los terribles caribes!
 Sentí que replegaban a mis piernas
 las caritas huesudas.
 Sus cuerpecillos manaban inocencia 645
 tibia ternura
 reclamos de amparo.
 Me besaban la mano
 de cuyos dedos escurría saliva.
 Sentí angustia. 650
 Me invadió una tristeza profunda.
 Cerré los ojos.
 Quería ignorarlo todo:
 los mares de hiel
 el miedo 655

los sollozos
 el hambre de los seres desdichados
 la amenaza continua.
 Quería borrar
 todo aquel mundo sombrío 660
 que animaba mis retinas.
 Sentí que mis sienas
 eran débiles paredes
 que la fiebre golpeaba
 con sus puños de fuego. 665

Desde la lejanía
 presentí las bestias
 resonar sus patas
 contra la tierra.
 Crecía un murmullo 670
 de ríos mal heridos
 montañas moribundas
 árboles degollado
 vientos enloquecidos.
 Ya no eran susurros. 675
 Eran voces altas
 las que llegaban
 en viaje de siglos.

¡Aaaay aay ay!

Un grito filoso rasgó la atmósfera 680
 tal la piel de un ser humano.
 El pánico rojo
 prendió terror primitivo en ojos desorbitados.
 ¡Los Rapiña!
 ¡Ya vienen los Rapiña! 685
 La desesperación y el miedo arrancaban alaridos.

¡A morir peleando!
 gritó un esquelético.
 Algunos harapientos le siguieron.
 Un dedo de acero señaló a los renuentes. 690
 ¡Aaay aay ayaayayay!

Las puntas de las cañas amargas
 y las crueles granizadas con su traqueteo.
 Pechos de mancebos
 oradados 695
 boquetes exangües de jóvenes bellas:

Vil muerte impune que dan los déspotas.
 Corrí aterrorizado a replegarme al Milenario
 tras la vieja Enredadera.
 Los hombres Rapiña en realidad eran muy pocos 700
 pero venían flanqueados por legiones
 que marchaban en cuadros
 vestidos con trajes de un verde oscuro.
 Eran los insensibles hombres Aguijón.

Esporádicamente 705
 se rebelaban los del criadero.
 Entonces
 los Aguijón perpetraban matanzas
 para que los hambreados tomaran escarmiento.
 Eran los hombres Aguijón 710
 a ratos humanos
 en sus misiones perversas
 cual si hubieran sido hipnotizados.
 Se volvían fieras carniceras
 con la consigna de no dejar vida a su paso 715
 ni cosa que se moviera.
 Con garras
 dientes puñales y rifles
 desollaban la carne de los rebeldes
 que osaban levantar los puños cerrados. 720
 Los Aguijón
 eran también esclavos de los Rapiña.
 Ya estaba en acción la misión sanguinaria.
 Vi a un Aguijón que succionaba la sangre de un anciano.
 Reía luciendo la jeringa 725
 a medias vacía la mitad con sangre.
 Como leña seca
 tornábase el viejo en su agonía.
 Con la sangre de los jóvenes
 rebozaban las jeringas 730
 y por jóvenes les restaba aún
 la gracia de un hálito de vida.
 Tampoco perdonaban a los niños
 pues de la sangre inocente de los infantes
 fabricábanse joyas 735
 las más graciosas y brillantes.
 Con la sangre extraída de los criaderos

se ornaban las aristocracias.
Pulseras
anillos 740
collares
brillaban adornando a caballeros y damas.
Eran los tales ornamentos
lágrimas y sangre de los seres de los criaderos.
Con el mismo oro hecho de la misma sangre 745
lucían rutilantes los templos religiosos.
Los seres que se cubrían del metal maldito
pregonaban con brillo
la complacencia en el genocidio.
Vi que los Aguijón 750
húmedos de rojo
descargaban sus jeringas en grandes depósitos.
El aire se teñía de espumarajos.

Al ver los Rapiña regocijados
el éxito del comercio sangriento 755
acariciaban a los hombres Aguijón
y los premiaban con el mismo metal
que rendía el asesinato.

Reían los hombres Rapiña con malicioso alarde
a tiempo que los serviles Aguijón 760
cantaban himnos al deber cumplido
y a la disciplina criminal y cobarde.
Lloraban los indefensos seres de los criaderos
con el son monocorde de la música de sus ancestros.
Con lágrimas añoraban al mar 765
dolor de la vida
nostalgia del nacimiento.

En un tiempo pasado había sucedido algo extraordinario:
un criadero se había rebelado.
Tras un lucha cruenta 770
los hambrientos derrotaron a los Rapiña.
Los ejecutaron.
Tras la venganza
pareció haber llegado la justicia.
Entonces 775
se operó una metamorfosis rarísima:
los caudillos del movimiento revolucionario
se transformaron a su vez en Rapiñas
olvidando su origen.

Desde mi refugio podía identificarlos: 780
chapeados de oro
sañosos
eran los más crueles

los más ostentosos más avorazados.	785
Torturaban envilecían a las mujeres que antes fueron sus hermanas soldaderas y causa de sus nacencias.	790
A los niños sin signos en las manos de risas asesinadas los mecían en brazos. Las huellas de la barbarie en la anemia de sus caras desangrados como muñecos de hilacho.	795
Los Rapiña ensayaban su oratoria cotidiana: los niños son el porvenir de la patria. ¡Oh las madres hambrientas!	
Cabelleras de pasto marchito fuga de vida por los ombligos fuentes de leche senos de canastos vacíos prados de flores silvestres rosarios de lágrimas.	800
¡Pobrecillas! Poesías amargas. Vida que se moldea en sus vientres de barro industria dolorosa sin sueño ni descanso	805
instintiva ternura desde los tiempos primarios celo de recién paridas defensivo empeño de bestezuelas. ¡Pobres madres hambrientas!	810
Hechas de mar y de tierra.	815
Un viejo enclenque hambriento y enfermo se acercó hasta un Rapiña de alegre dentadura. Abriendo los brazos imploró:	820
No es de ley, señor, ni es de justicia. Este crimen no puede estar en la letra de las leyes humanas y divinas.	825
Mira, viejo, las verdaderas razones son las únicas que pesan. No te fíes de la ley escrita	

la que se impone la trae la hembra desde la matriz
 y se pasea en el semen del macho 830
 antes de que los seres se forjen
 de la carne que se unifica.

Sobre colinas y sierras
 sobre toda pradera
 sin que abarcara la vista 835
 contempló el viejo las matas
 reverdecidas y erectas.

Vio prados de maíz creciendo
 si bien inermes en su prematura
 crecidos espigando bayonetas. 840

Los Agujón seguían su horrenda tarea
 sordos a los gritos de clemencia.
 Sus ojos enrojecidos soles eran
 sanguinolenta lluvia las manos
 los corazones cuchillos de piedra. 845
 ¡Cuánto placer a los Rapiña!
 ¡Cómo crecía la riqueza!
 Piedra filosofal que no falla:
 ambición
 barbarie 850
 vileza.

¡Este es un criadero humano!
 Aquí la vergüenza del género
 aberración del universo.
 Aquí brota el dolor como esencia 855
 gesta al arte
 en sus formas groseras.
 De los veneros de la amargura
 se nutre el genio del espíritu
 que labra en bruto la materia. 860

Aquí el rencor y el odio crecen como el coral.
 Aquí la tara biológica arma a los crueles
 que aun siendo víctimas y explotados
 fustigan a niños y mujeres
 sin más motivo que estar frustrados 865
 y el ser más fuertes.

Aquí el hambre que fustiga
 que barrena las tripas
 que desespera en rugir
 casi en bramar de bestias. 870
 Aquí el dolor desesperado
 aquí la degollina.

¡Este es un criadero humano!

Ayes hirientes	
lenguas hambrientas lamían la tierra sin verdores plateando la erosión con la baba trágica. Era el chillar desgarrante de mujeres sin consuelo y lapsos pétreos de los hombres sin palabras ni lamentos, cenizas y llamarada.	875 880
El hambre les atrofiaba el don del pensamiento aún punzando la mente. Eran como trozos de tierra que se están pudriendo fétidos. Hedía la carne de los vivos como la carroña de los muertos. Los lamentos y el lloro como el viento y el polvo se untaban ondulantes en la tierra hundiéndose en sus grietas en un coro que oradaba las piedras.	 885 890
Yo contemplaba mimetizado entre mis hermanos de savia. Un tremor sacudía al árbol viejo hasta donde los siglos habían hundido las raíces que los mismos siglos secaban. Murmuraba ahogado y reticente tal el habla de quien se embriaga o como quien solloza inundando las palabras.	 895 900
El Milenario trataba de decir algo: Malditos los que fingen ternura los huérfanos de humanidad malditos. Mil veces malditos quienes instigan las guerras. Malditos los que pronuncian en falso el nombre del Bendito que expiró en la madera de mis brazos.	 905
El viejo Milenario con voz estropajeada maldijo a sabiendas que sus voces acusativas se repetían por siglos igual que hojarascas vencidas.	 910
Sentí que mi amiga Enredadera se cimbraba. Un goterío perlado cual brisa del abismo oceánico	 915

inundaba mi cara
 escurría mis manos.
 Mojaba mis labios apenas
 el sabor amargo 920
 y un espeso salado.

¡De pronto!
 ¿Qué veo en el fondo de tan terrible cuadro?
 Entre bárbaros y masacrados
 mis abuelos y biznietos 925
 en uno y en otro bando.
 Yo mismo me miraba
 agonizando desangrado.
 Pero al instante
 puñal en mano 930
 hería a mis propios hijos.

¡Dios mío!
 Por un momento
 sentí pena de haber nacido.
 Pensé en otro mundo distante. 935
 ¿Marte?
 Poblado de volcanes y cráteres.
 ¿La luna?
 Inútil misterio del espacio.
 Venus en hervor continuo. 940
 ¿A dónde ir?
 Si todos los mundos están vacíos sin seres vivos
 ni siquiera vegetales.
 ¿Qué son los mundos en el tiempo cósmico?
 Efímera trayectoria que arde. 945
 ¿Y la vida del hombre qué?
 Sólo un fugaz instante.

Salí de mi escondite
 contemplé el rojo del crimen
 y el agónico amarillento de las anemias múltiples. 950
 En los oídos se me clavaban los ayes
 alfileres, aleznas y puñales.
 Invocaciones de la esencia dolorosa
 que arranca de la entraña del sufrir humano.
 Sentí pena 955
 por mi parte tributaria
 a la culpa universal
 de tan enorme infamia.
 Lloré minutos fugaces de arrepentimiento
 renegué de la impotencia 960
 de no anular dentro de mí mismo
 la maligna condición que nos convierte
 tal como son las bestias.
 Cruzaba entre las víctimas.

Me llamó la atención algo: mocetones con plantas exóticas semi cubiertas de tierra. Me acerqué con curiosidad de botánico. ¡Eran niños!	965
Casi plantas. ¡Empezaban a brotarles espinas en las manos!	970
Huí. Miraba las cabelleras de los muertos tendidas. Trigales marchitos parecían entre los dedos del viento. Se alejaban los verdugos hartos de crueldad.	975
Lejos se iba licuando el crepúsculo llorando sobre la mar. Ya el fondo de los ríos se plagaba de estrellas. Viaje de plata y de murmullos.	980
Búhos campesinos pabomas grillos y nostálgicos aullidos coreaban las notas fosforescentes de un nocturno de lágrimas.	985
Triunfo sempiterno de los poderosos. Con sangre construían lujos: abrigos de pieles automóviles cuantiosos caudales en los bancos y la soberbia de sus palacios.	990
Volvían los Rapiña a sus hogares bien custodiados. Los hombres Aguijón cumplían su deber guardias tenebrosos inconscientes y bárbaros.	995
Los verdugos se marchaban cantando: somos los libertadores la emancipación de los pobres. Había dolor en el eco de sus voces.	1000
	1005

Parecía que el mecanismo de sus mentes no vencía el olvido que sepulta lo no deseable. Tal un presente perenne que guarda épocas y episodios pese a tiempos ya pasados.	1010
Emergían insistentes los recuerdos:	1015
Un niño que lleva auestas el doloroso heroísmo de los harapos un joven bravío pleno de arrestos redentores y hondos ideales humanitarios yacían reclusos al fondo de sus almas aceradas. Lloraban a solas añorantes.	1020
Pisoteaban con egoísmo fatalizado un pasado vuelto maraña de la felicidad entretejida en selva laberíntica de lianas de oro y plata.	1025
Les dolía la entraña dolor de hombre que acuchilla su niñez estrangula su juventud embarca su senilidad ciega de ideales en las cañadas turbulentas que bajan a los abismos oscuros de la subconciencia.	1030
Cataratas de agujas y alacranes roedores hambrientos ¡Insensatos!	1035
Corruptores de su propia historia. ¡Cuántas veces acercaron la noche al balcón de sus mansiones áureas! ¡Cuántas veces lloraban memorias ancestros inoportunos fantasmas tercos	1040
genealogía tesonera que hinca sus garras en el alma! ¡El abuelo albañil!	1045
encorvado y reumático el mismo que con millones de ladrillos se construía una prisión a diario.	1050
¡La abuela!	
Pobrecita vieja atada al fuego de una hornilla	1055

lavando ropa ajena
a cose y cose en horas de sueño
condenada a la miseria
por cada día que amaneciera.

Aquel adorado viejo 1060

campesino
el que antes de morir ya era tierra.
¡Hermoso antepasado!
Humillado
caminaba mirando el ras del suelo 1065
de donde brotan las plantas.

¡El padre!

De manos y rostro siempre sucios.
Limpia la mirada
bondadoso 1070
recto
justiciero.

El que murió ajeno a los trapecios de la aristocracia
consumido como topo ciego
en las entrañas de la tierra. 1075
En las cavernas mineras
arañaba el metal con que se hacen monedas.

¡Y ellos!

Enriquecidos y poderosos
ignoraban el dolor de su especie 1080
¡Qué vergüenza!

Pero una ráfaga de viento
doblaba la página añorante.
La meditación
la nostalgia 1085
pasaban como las ánimas.
Entretenían a sus hijos
contándoles heroicas hazañas
fabulosos episodios revolucionarios
justificaciones falsas. 1090

Estos
avezados y listos
fingían creer.
Empezaba a crecer el cinismo
lodo que cubre y arrasa.... 1095

Me fui alejando
en pos de un abril con primavera.
Ya estaba el sol ausente

concedía una tregua. 1100
 Brillaba la luna indiferente
 fingiéndose soberana de las estrellas.
 Inexplicable dualidad de los humanos
 con la misma ilusión que animan la esperanza
 alimentan al buitre que los devora.
 A un lado de la vereda 1105
 donde iba sembrando mis huellas
 como a semilla estéril
 vi el esqueleto de un árbol gigantesco
 que hermoso en su mocedad
 lucía aún airosa muerte. 1110
 Me alegró la idea de su fronda.
 Iba a tenderme a su amparo.
 Ensueños de ramas verdes
 tejíanseme en la frente.
 De pronto 1115
 me detuvo un presagio.
 Arriba
 coronando de infamia el árbol
 estaba el hombre extraño.
 Tenía el labio inferior caído. 1120
 Pensé:
 Es taciturno.
 ¿Búho?
 Torció medio labio alargándolo.
 No. 1125
 Es rencoroso vengativo.
 ¡Está acechando!
 ¿Felino?
 Sonrió fingiéndose dormido.
 Lo denunció la lengua y su resuello zumbante. 1130
 ¡Sentí cascabeles en los oídos!
 ¿Será víbora el desgraciado?
 Desde aquí estoy a salvo,
 grité,
 maldito intrigante. 1135
 ¡Un chispazo!
 Me aterrorizó ver que se lanzaba al vacío
 directo al espacio
 que violaba con mi cuerpo.
 Bajaba balanceándose 1140
 acróbata maligno.
 En un trapecio brillante
 hacía de su baba un hilo.
 ¡Arácnido!
 Huí lleno de pánico. 1145

Curioso
 tejían los arácnidos
 a la luz de todo el mundo
 con tan fina y abundante baba
 que a sabiendas de la perfidia 1150
 que los embargaba
 no escaseaban los crédulos.
 Estos se enredaban estúpidamente
 en sus trágicas redes
 y aún los había que sucumbían 1155
 víctimas
 creyendo redentores
 a quienes siendo falsarios
 son criminales
 ladrones 1160
 bribones armados de labia
 crueles
 mentirosos.
 Quise conciliarme de las visiones horrendas.
 Contemplé en los campos 1165
 la sal y la ceniza.
 Gestos de niños inocentes:
 las piedras y la arena sonreían
 la brisa
 la plata 1170
 la luna
 el mar
 y los rosarios de nácar.
 Me interné sin rumbo en los parajes semidesérticos
 burlando la caricia de los cactus. 1175
 Meditaba:
 ¡qué paradójico
 los seres de los criaderos!
 Son en realidad los que semejan buitres
 tan flacos y agudos los rostros 1180
 casi pura osamenta.
 En cambio los Rapiña
 son rechonchos
 gordinflones
 muy pulcros 1185
 siempre rasurados
 con algo maternal en el aspecto.
 Parecen pollos recién pelados
 listos para hornearse.
 Oí risas por todos lados. 1190
 Sin darme cuenta
 había ido monologando en voz alta.

Se carcajeaban de contento los cactus
 comunicándose a risa y risa
 el motivo de hilaridad tan sonora. 1195
 Yo caminaba riendo.

Un sahuaro
 al que se le miraban las costillas
 me dijo resoplando.

¿Conque pollos pelones rostizados? 1200

No, señor,
 Yo dije que pollos pelones
 listos para el horno.
 Volvieron a reír todos
 con júbilo escandaloso 1205
 porque el sahuaro se había equivocado.
 Las nopaleras torteaban las pencas colmadas de alegría.
 Una biznaga chistosa
 obvia su preñez
 se inflaba y se inflaba de la risa. 1210
 Se festejaron hasta las calabacillas silvestres.
 Tanto se sacudían
 que remedaban arroyos
 en rastra de campanillas.
 Me senté cabizbajo ensimismado. 1215

¿Estás enfermo hijo?

Susurró una cholla.
 No madrecita
 estoy muy cansado...
 Duérmete junto a nosotros. 1220
 Te cuidaremos de los bichos malos.
 Yo te guardaré de las fieras
 agregó un sahuaro.

Con los cactus me ligaba
 particularmente 1225
 una amistad entrañable
 desde la infancia.

Agradecido les contesté:

seres de clorofila
 ¡Cuánto los amo! 1230
 Me despertaron en la madrugada
 para no mojarme
 a la hora en que beben agua los cactus.
 Un cielo tiernecito
 nacía brando serenamente. 1235
 Sentí muchas ansias de volver a mi casa.
 Me fui llorando

como un niño extraviado
 con la pesadumbre
 que la soledad y la ausencia
 nos hace sonar alguna vez. 1240
 que llegamos a casa
 llamando con desesperación
 sin quién nos conteste
 ni nadie en el mundo 1245
 que abra aquella puerta...

No podía acordarme
 de dónde había partido.
 Quería esclarecer el presente
 y el rumbo que seguía 1250
 en busca de un destino
 que el misterio parecía
 ocultar para siempre.
 Preguntaba a todos por mi hogar.
 Quién sabe... 1255
 Me contestaban como única respuesta.
 ¿Vendré del mar?
 ¿De los desiertos habré emergido?

Quizá de las montañas
 o de alguna nave 1260
 que antaño descendiera de lo ignorado.
 Caminaba llorando
 abstraído.

Cuando salió el sol
 me di cuenta 1265
 que eran mis pasos sobre las aguas de un río.
 ¡Contra la corriente!
 La tierra de mi nacencia.
 ¡Dios mío!
 Me espera al fin de mi camino. 1270
 No quiero
 que mi tumba sea dentellada del infierno
 ni sea mi sepultura
 zaguán de la inexistencia.

Quiero que bajo la tierra 1275
 mi cuerpo sin alma
 se convierta
 de la podredumbre nauseabunda
 de fosa alfombrada de gusanos
 con su terrible parto a la inversa 1280
 en la semilla de un árbol hermoso
 que crezca con algarabía de hojas risueñas
 y armonioso cántico del viento.
 Un susurro suave

melodioso	1285
brote de su follaje	
y consuele a los seres que se duelen	
con la eterna canción que inspira Dios:	
amor	
universo.	1290
Quisiera ser un hermano de savia y de clorofila	
que alegre y amigo	
ofrende su sombra	
en los cementerios.	
¡Oh ciudad encantada!	1295
Eres tú	
la ruta de mi destino....	



Sahuaros

Pósase el firmamento sobre el suelo.	
De lejos	
parece agua lo que solamente es azul.	
El páramo luce claro	
como una cripta transparente.	5
Los desiertos calvos	
arrugados	
semejan	
cadáveres de viejos derruidos por los años.	
Brillo del agua ausente	10
sed milenaria de los arenales	
baba de caballos afiebrados.	
Trasciende un sol llameante desde cristales subterráneos.	
Lejos	
trotando por los caminos del instinto	15
una procesión de camellos fantasmales	
a beber va de ciegos oasis	
inundados con sed de mortales.	
Bramar remoto de anfibios.	
Verde	20

mar lujuria dolor sangre.	
Ciénegas verdirrojas	25
se retuercen y paren. Rocas resquebrajadas remolidas polvoreadas.	
Quietud pálida.	30
Eco sin humedad. Huesos. Vitrina del oriente. Irradiantes marfiles de névea albura.	
Rebelión de la tierra estéril	35
furia en las tolvaneras terregales fuego viento.	
Van furiosas contra el sol	40
las muy densas polvaredas. Odio van remolineando cubriéndolo de alas negras. Beatitud frustrada:	
rabia en las miradas verticales de los reptiles heroicos.	45
Viento horizontal: haberío de norias interestelares. Redes de arácnidos plateros brillosas agujas de obsidiana	
instantes de flamas negras.	50
¡Crepúsculo!	
Humillación de los instintos ungidos por áurea melancolía. Granada encendida	
troca su vida por la negación tenebrosa de los colores.	55
Los gallos perforan los techos de tinieblas cuelgan hileras de universo entretejiendo destellos: trenzas de luz y fuego.	
Las miradas saltan	60
se trapecian por los cielos enjoyados. El alma es la placenta del ánima. Cielo de parras simula	

el candil de las estrellas. ¡Qué lindos se ven los astros! Prendidos a fuer de perlas. Dios intuyendo estrellas y pupilas crea universo y vida. Finitud presa en la redondez del tiempo.	65
La luna	70
golpea a las piedras con su llanto. Riñe con espejos a cuchilladas. En los estanques de hielo besa ranas moscas culebras. Magia de luceros diamantes y esmeraldas.	75
Las sábanas del alba	80
se crisan de rosas espuma y púrpura. Llora la madrugada perlas efímeras. Aroma de azahar nimba a las margaritas. Hunden púas los cardos. La flor del geranio se ilumina. Trinos y sonrisas. Alados pianos y arpas.	85
Amanecer:	90
piel de vírgenes ruborizadas. ¡Enrojeced! Faz de la tierra hembra fogosa. ¡Llor a Tonatiuh! Garañón que cubre a la naturaleza. En el inmenso lecho azul dos amantes se recrean. Entre bramidos y truenos llueve semen.	95
Tonatiuh preña a la tierra. Ella se retuerce gotea leucocitos ululante de ombligos verdes. Génesis de la savia y de la sangre. Orgasmos cósmicos. Potestad del rey supremo.	100
Se yerguen de la tierra los gigantes erectos.	105

... Nacen los sahuaros hijos de Tonatiuh. Tonatiuh: padre de los aztecas. Aztlán: caballeros verdes hermanos del Anáhuac guardan tus linderos.	110 115
¡Los espíritus de Huitzilopochtli te contemplan! Aztlán vergel triunfante contra el afán voraz del desierto. ¡Ay! el fuego que tuesta lame los campos y los seres. Quiere teñir los pálidos arenales con el verde de las plantas y el rojo de la sangre. De tarde en tarde ríos y arroyos enchocolatados zumban poseídos de voces arrollantes. Amenazan con su instante de muerte a los que confían en el largo silencio de sus cauces.	 120 125 130
Tucson: azul con horizontes de leyenda posta de golondrinas alegres saludo cordial en español y en inglés, ¡Buenos días, mi amigo! Good morning, my friend!	 135
Mira, extranjero: sígueme a los caminos del ensueño, no temas a la risa trágica de los cascabeles mientras tus pies no horaden sus nidos morados hinchados de rabia y de ponzoña. ¿Ves ese cerro de barbas amarillentas?	 140
Viejo cavernario duerme petrificado tembloroso de pájaros lagartijas y liebres al reventar la alborada y cuando la tarde muere coronada de grillos coyotes búhos y aves que graznan. Si lo contemplas cuando es de día	 145 150 155

chispea de microsoles
 que hundan espolones en los ojos
 y tornan oscura la vista.
 Brilla en la atmósfera

el canto de las cigarras 160
 como un tejido de cuerdas
 que con el fuego vibrara.
 Las chicharras hincan sus manecitas.
 Se abrazan a las ramas

llore y llore 165
 sin lágrimas
 los designios de un destino sin agua.
 Bajando desde las cimas

fincándose sobre los planos 170
 viven los seres hermosos.
 ¡Sahuaros!

Cuadro ocre pintado de bastos.
 Místicos verdes
 pericos extasiados
 meditando. 175
 En las tardes ensangrentadas
 caramelos fosforescentes.
 En las noches
 monarcas indios encantados.

Nobles caballeros 180
 naturales de estos lares.
 Antigua estirpe sobreviviente
 que no desalojaron de su espacio
 ni la ambición

la indolencia 185
 ni la infamia.
 ¡Míralos!

¡Qué dignos!
 Rectos y valientes.
 ¿Te gustaría platicar con ellos? 190
 Hablan el lenguaje universal.
 Son esculturas de pensamientos
 o pensamientos cincelados.
 La elocuencia de los siglos
 ellos la cuentan callando. 195

Sígueme,
 turista hermano.
 Entremos al país de los sahuaros.

Visten surcados de espinas.	
Tócalos con Carrión.	200
Así, con cuidado.	
Son de savia generosa	
y de corazones blandos.	
Adivínalos a la hora en que los oídos y las voces	
se topan en las encrucijadas	205
de los caminos muertos.	
¡Qué majestad de seres tan callados!	
Luna	
sombras	
siluetas.	210
¿Oyes el silencio sacro?	
Selene prendió en las piedras	
la luz que brilla en los astros.	
Mientras que las piedras duermen...	
¡Dios mío!	215
Se oye el sueño de los pájaros...	
Rezan los sahuaros	
tal feligreses devotos	
enlutados.	
Espejos con luz de arenas.	220
La montaña iglesia	
el cielo altar	
tremando de cirios universales	
que brillan y se apagan como promesas.	
Hermano:	225
¿No te sientes montado sobre la fluidez del tiempo?	
No es otra cosa que el lomo de la muerte.	
Sus pasos suenan latiendo dentro	
como si volvieran de muy lejos...	
Los sahuaros prendidos a la vida	230
se aferran a lo profundo	
contra la sequía que los cerca.	
Beben historia para crecer soberbios	
desafiando enardecidos	
la negación de la existencia.	235
¡Qué sabio arquitecto	
quien diseño a estos seres orgullosos!	
¡Qué artista prodigioso!	
¡Tal maravilla de cuadro!	
¡Cuán soberbios y elegantes!	240
¡Cuánta hermosura de los sahuaros!	
Mira, extranjero.	
Observa la ternura de ese amante enamorado	

<p>¡Que no vean las niñas! Están llamando a la cigüeña. Quieren poblar a los campos para que la tierra no perezca.</p>	
¡Vea!	295
<p>Dos sahuaros de la mano tal enemigos reconciliados. Perdieron la sangre en un albur de puñales y plomo para hermanarse en la clorofila.</p>	
Aquel ciego juglar	300
<p>contéplalo al lado de noble lazarillo. Tiende humilde los hilos de los años que se mueren y de los que no han nacido. Contó historias de cuando el mundo era niño. Ahora calla y escucha al viento que es el telégrafo de los muertos.</p>	305
Caminemos hacia allá.	
<p>Aquel descarnado luce a medias su esqueleto. Seguirá, señor, de pie después de muerto cual un Cid victorioso sin calor y sin alientos.</p>	310
<p>¿Dónde la pulpa que modeló su figura? ¿La savia que lo vivificó, dónde? ¿Qué de la clorofila verde vida? ¿De las espinas que lo ornaban, qué?</p>	315
<p>Sólo los proyectiles vanos de la lluvia y el viento que le arranca sollozos añorantes.</p>	320
<p>Algún búho anacrónico desde su cúspide augura a la media noche irónico el exterminio de los indios...</p>	325
Te sonrises, forastero...	
<p>¿Algo descubres? ¡Que se volteen las damas! ¡Vaya!</p>	
<p>Ese pícaro sin rubor vive clamando su virilidad apuntando a los arenales con el símbolo erecto. Clamando corajudo contra el desierto impío sin mengua de ser obsceno.</p>	330
	335

¿Divisas acullá a la distancia? Son aquellos platónicos amantes estirando los brazos para unirse, pero la muralla del espacio transparente convierte sus horas paralelas en lago dibujado como anhelos sin cristal o lágrimas sin llanto.	340
¡Contemplad a los sahuaros!	345
Verde ejército encantado; Simulan procesión de hombres de palo estáticos y contemplativos. Quieren que los paisajes trasciendan alma para saber de una tierra amada.	350
Lloran con guitarras que afina el abandono. Rezan con palabras de abuelos sepultos. Un Díaz de Vivar les demanda hazañas. Un Cuauhtémoc irredento los constriñe y los estruja mientras el embrión de Huitzilopochtli gesta sueños de venganza en sus entrañas.	355
¡Ey, tu! Joaquín Murrieta. No, no es él. Es un sahuaro que remeda hombre a caballo un puño cerrado en la otra mano un látigo, ¿No adivinas por ventura al mentado Gerónimo?	360
Arroyos broncos bramando espumarajos tierra remota y el eco de un rayo.	365
¡Mira allá! Aquel que parece cruzar... El santo Eusebio tan esforzado y manso. Halo de palomas lucientes de cantos amorosos. Jinete sembrador de rosarios. Constelación de palabras alumbrando.	370
¿Vas a San Xavier del Bac? Dulce padrecito blanco. ¿Qué hacen estos seres enclavados? ¿Son acaso jeroglíficos vivos? ¿La historia de los humanos se cifrará en estos signos?	375
	380

¿No sientes ante la majestad de estos cactus
 algo del ayer antiguo
 miradas y pensamientos
 otras voces y otros cantos?

¿Un paisaje 385
 que recorrió los luengos caminos de la genealogía
 para entrar a tus ojos
 con las retinas de ignotos progenitores?
 Misterio universal
 el contemplar lo remoto y reconocerlo 390
 sin haberlo vivido.

¡Sahuaros!
 hermanos míos
 hemos nacido en el mismo lugar
 hace siglos 395
 bajo el mismo signo.
 Sois vosotros de Tucson,
 del padre Tonatiuh hijos.
 Lo soy también yo lo mismo.
 Esta tierra 400
 este paisaje
 todo es Aztlán
 con el alma universal del indio.

¿Decías?
 Sí, 405
 tienes razón.
 También parecen soldados que han vuelto de la guerra
 hastiados de la barbarie y de las vilezas
 sin saber qué es triunfo
 qué es derrota 410
 ni cuál la justicia verdadera.

Los sahuaros se van secando
 cavan los días y los años vencidos.
 Se extinguen.
 En los anales de mañana se leerá: 415
 fueron.
 No pueden preservar la vida
 contra el designio que llevan en la entraña.
 Los vence y los domina.
 ¡Temporalidad! 420
 Doblega y mata
 fabricando recuerdos a cada instante de su marcha.

Sahuaros.
 ¡Os amo tanto!
 ¡Sois los seres más dignos! 425
 ¡Qué hermosos y cuán derechos!

¿Quiénes más honrados?
¿Cuáles más hidalgos?
Monologa con los sahuaros, visitante.

¡Un museo en vivo! 430
¡Qué multiplicidad de figuras
ideas, sentimientos y sugerencias!
Cada quien que los admire
encarnará fantasmas en su conciencia.

Dime, caminante, 435
¿Dónde has visto tantas estatuas
esculpidas por otro maestro
de tal maestría y tanta gracia?
Aquí, en Tucson, viajero.

Lindo pueblo 440
con la gracia de la vida
que brota como venero
del mero fondo del desierto....

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo